

Taiye Selasi

LEJOS DE GHANA

Traducción del inglés de
Rita da Costa



Título original: *Ghana Must Go*

Ilustración de la cubierta: Shutterstock / Elsa Suárez Girard

Copyright © *Taiye Selasi*, 2013

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2014

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-569-4

Depósito legal: B-2.386-2014

1ª edición, febrero de 2014

Printed in Spain

Impreso y encuadernado en:

RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

Para la doctora Juliette Modupe Tuakli

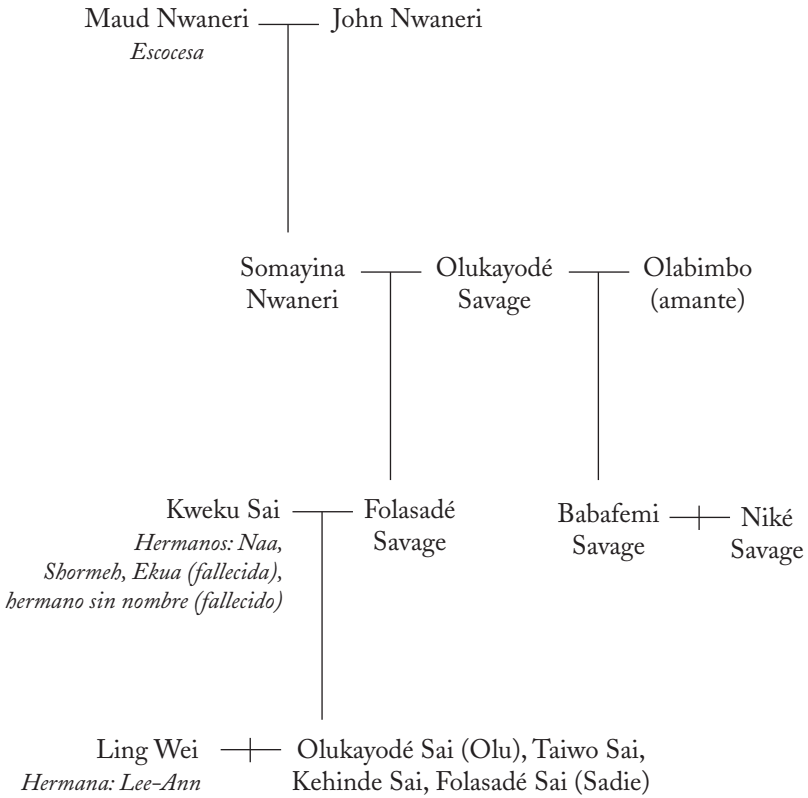
Flores no, sino piedras
surcan la arena
estriada. Y florecen.

ROBERT HAYDEN
Aproximaciones

Una palabra olvidó recordar
qué debía olvidar
y alguna que otra vez
se le escapaba la verdad.

RENÉE C. NEBLETT
Instantánea

Árbol genealógico



PRIMERA PARTE

Fue

1

Kweku muere descalzo un domingo antes del alba, con las zapatillas junto a la puerta de la habitación, como perros. En este momento se halla en el umbral que separa la galería acristalada del jardín, sopesando la posibilidad de volver atrás para cogerlas. No lo hará. Su segunda mujer, Ama, duerme en esa habitación con los labios entreabiertos, el ceño ligeramente fruncido, la acalorada mejilla en busca de un trozo fresco de almohada, y no quiere despertarla.

No podría aunque quisiera.

Ama duerme como un cocoñame. Como algo privado de sentidos. Duerme como lo hacía la madre de Kweku, desconectada del mundo. Podrían entrar a robarles —un pelotón de nigerianos con chancas que llegaran hasta la puerta en tanques oxidados del ejército ruso, prescindiendo de toda sutileza, como les ha dado por hacer en Isla Victoria (o eso le cuentan sus amigos, los amos y señores del crudo desmovilizados al Gran Lagos, esa rara casta de africanos, los ricos e intrépidos)—, que ella seguiría roncando dulcemente con una suerte de cadencia musical, soñando con Chaikovski y las hadas de azúcar.

Duerme como una niña.

Pero él se ha propuesto no despertarla, y al pasar del dormitorio a la galería realiza un esfuerzo teatral para no hacer ruido. Por más que nadie lo vea. Suele hacerlo, lo ha hecho desde que abandonó la aldea: pequeñas funciones al aire libre para un solo espectador. O dos: él y su cámara, ese cámara mudo e invisible que lo acompañó en su huida décadas atrás a orillas del mar, en la penumbra que pre-

cede al amanecer, y que no se ha apartado de él ni un día desde entonces. Que se dedica a filmar su vida discretamente. O mejor dicho: la vida de «el hombre que desea ser» y de «el hombre al que abandonó para llegar a ser».

En esta escena, una escena conyugal: «el marido considerado».

Que no dice ni pío al levantarse de la cama, que aparta las sábanas en silencio y posa cada pie en el suelo por separado, tomándose grandes molestias para no despertar a su indespertable esposa, levantándose despacio para que no vibre el colchón, cruzando la habitación con sumo sigilo y cerrando la puerta sin hacer ruido. Enfila el pasillo del mismo modo y, cuando franquea la puerta que da al patio, desde donde seguro que ella no puede oírlo, sigue avanzando de puntillas. Cruza el corto sendero caliente que une el ala de dormir con la de estar, donde se detiene unos instantes a admirar su casa.

La construcción de planta única es una solución brillante, en absoluto novedosa pero sí funcional y de trazado elegante: un sencillo patio central en cuyos cuatro vértices se abren sendas puertas que dan a otras tantas alas: la de estar, la del comedor, la de dormir y la de invitados. Kweku había garabateado el plano en una servilleta, en la cafetería de un hospital, durante su tercer año de residente, a la edad de treinta y un años. A los cuarenta y ocho compró la parcela de terreno a un paciente napolitano, un acaudalado especulador inmobiliario que tenía tratos con la mafia y diabetes tipo 2, y que se había instalado en Acra porque, según decía, le recordaba al Nápoles de los años cincuenta (la estrecha convivencia de riqueza y miseria, de la fresca brisa marina con el olor a cloaca, de los pobres inmundos y los inmundamente ricos en la playa). A los cuarenta y nueve dio con un carpintero dispuesto a construirla, el único ghanés que no se negó a dejar un agujero en medio de una casa. El carpintero tenía setenta años, cataratas y unos abdominales bien marcados. La terminó en dos años de trabajo impecable y solitario.

A los cincuenta y uno se trasladó a la casa, pero el silencio le resultaba abrumador.

A los cincuenta y tres tomó una segunda esposa.

Un trazado elegante.

Ahora se detiene en el centro del cuadrado, entre dos puertas, allí donde el plano se hace evidente, donde puede apreciar su diseño,

y lo contempla tal como el pintor contempla su obra o la madre al recién nacido: entre confuso y sobrecogido, al comprobar que lo que germinó en su mente o en su cuerpo ha cobrado vida propia e independiente. Ligera perplejidad. ¿Cómo ha llegado hasta aquí, cómo ha pasado de estar en su interior a estar ante sus ojos? (Lo sabe, claro: gracias a la diligente aplicación de los recursos adecuados, es lo mismo para el pintor que para la madre o el aprendiz de arquitecto, pero aun así se le antoja un prodigio.)

Su casa.

Esa casa hermosa, funcional, elegante, que se le apareció tal cual, el concepto íntegro, en un solo instante, como un óvulo fecundado que surgiera inexplicablemente de las tinieblas en posesión de todo un código genético. Una lógica completa en sí misma. Los cuatro cuadrantes: un guiño a la simetría, a sus tiempos de estudiante, al papel cuadriculado, la brújula, el eterno viaje y el eterno retorno, etcétera, etcétera. Un patio gris —no verde—, piedra pulida, losas de pizarra, superficies de microcemento, algo así como una refutación del trópico, de su tierra natal, y por tanto una patria reinventada, hecha de líneas pulcras y rectas, sin asomo de exuberancia, delicadeza o verdor. En un instante todo estaba allí. Y ahora aquí. Décadas más tarde, en una calle de la Vieja Adabraka, un destartalado barrio residencial de mansiones coloniales, muros encalados y perros callejeros. Es lo más hermoso que ha creado en su vida.

«Sin contar a Taiwo», piensa de pronto, estremecido, y en ese momento la propia Taiwo —con dos negros matorrales por pestañas, dos piedras esculpidas por pómulos y dos gemas por ojos, los labios rosados como la cara interna de una caracola de mar, casi irreal de tan hermosa— se materializa ante sus ojos, interrumpiendo su interpretación de «el marido considerado», y al instante se desvanece como el humo. Es lo más hermoso que ha creado él solo, rectifica.

Luego sigue avanzando por el sendero, franquea la puerta que conduce al ala de estar, cruza el comedor, recorre la galería acristalada, llega al umbral.

Y allí se detiene.

2

Más tarde, a media mañana, cuando la nieve haya empezado a caer y el hombre haya acabado de morir y un perro haya olfateado la muerte, Olu saldrá del hospital sin especial apresuramiento, colgará la BlackBerry, dejará el café y romperá a llorar. No tendrá manera de saber cómo había amanecido el día en Ghana; estará a kilómetros, océanos y husos horarios de distancia (por no hablar de otras distancias más difíciles de salvar, como el desengaño, la ira, el dolor calcificado, esas preguntas que nadie formula o contesta a lo largo del tiempo, generaciones de silencio y vergüenza entre padre e hijo), removiendo su café con leche de soja, con los ojos empañados, necesitado de sueño, presente y ausente a la vez. Pero lo imaginará —a su padre muerto, tendido en un jardín, un varón sano de cincuenta y siete años y excelente forma física, con pequeños bíceps redondos que tensan la piel de los brazos, un pequeño vientre redondo que tensa el tejido acanalado de la camiseta sin mangas Fruit of the Loom, blanco nuclear sobre marrón oscuro, combinada con unos ridículos pantalones estilo MC Hammer que él detesta y Kweku adora— y, por más que lo intente (es médico, debería no hacerlo, detesta que sus pacientes le pregunten «¿Y si se equivoca usted?»), no podrá evitar la sospecha.

De que los médicos se han equivocado.

De que estas cosas no «ocurren a veces».

De que «algo» debió ocurrir.

A ningún médico tan experimentado, por no decir excepcional —le pese a quien le pese, él era bueno en lo suyo, incluso sus detrac-

tores lo reconocen, «un artista empuñando el bisturí», un cirujano general sin parangón, el Carson ghanés y un largo etcétera—, se le habrían escapado todas las señales de un infarto de desarrollo tan lento. Una trombosis coronaria de manual. Pan comido. Sólo había que darse de prisa. Y habría tenido tiempo, media hora en el peor de los casos, por lo que ha dicho su madre, treinta minutos para intervenir, para «volver a sus tiempos de estudiante», en palabras del doctor Soto, el preferido de Olu, su santo patrón chicano: para repasar los síntomas, para farfullar un diagnóstico, para levantarse, para entrar en la casa, para despertar a la mujer y, si ella no supiera conducir —lo más probable, si no sabe ni leer—, para coger el coche él mismo a fin de salvarse. Para ponerse las zapatillas, por el amor de Dios.

Pero no hizo nada. Ni repasó los síntomas ni farfulló diagnóstico alguno. Se limitó a deambular por la galería acristalada y luego se desplomó sobre la hierba, donde, sin motivo aparente —o por algún motivo que Olu no alcanza a adivinar y, condenado a la ignorancia, tampoco puede perdonar—, su padre, Kweku Sai, la gran esperanza de Ghana, el hijo pródigo y prodigioso, se limitó a quedarse allí tendido en pijama, sin hacer nada en absoluto hasta que el sol se elevó en el cielo, feroz —más que elevarse se sublevó, aniquilando el gris plomizo con su espada de oro—, al tiempo que en la casa la mujer abría los ojos, descubría las zapatillas junto a la puerta, salía a buscarlo, extrañada, y lo encontraba muerto.

Un cirujano excepcional.

Un infarto nada excepcional.

De media, transcurren cuarenta minutos entre la aparición de los síntomas y la muerte, por lo que incluso si fuera cierto que estas cosas «ocurren a veces», es decir, que los corazones sanos pueden dejar de latir sin previo aviso el día menos pensado, de buenas a primeras, como un tendón que de pronto empieza a dar calambre, quedaría aún la cuestión del tiempo. Todos esos minutos que median entre la primera punzada de dolor y el último aliento. Esos instantes en particular tienen fascinado a Olu, han sido siempre su obsesión, primero en la infancia, como atleta, y siendo ya adulto, como médico.

Los instantes que determinan el resultado.

Los instantes que pasan inadvertidos.

Esos lapsos de silencio entre el disparo de salida y la acción, cuando el desafío del minuto es lo único que ocupa la mente y el mundo gira más despacio, como si quisiera asistir al desenlace. En los que uno pasa a la acción o no lo hace. Tras los cuales es demasiado tarde. No el fin —esos escasos, desesperados y estridentes segundos que anteceden al silbato final, o al largo pitido de un electrocardiograma plano—, sino el silencio preliminar, la pausa en la acción. Siempre se da esa pausa, Olu lo sabe bien, y no hay excepción. Así que, segundos después de que suene el pistoletazo y el velocista siga impulsándose o se levante antes de tiempo, o que la víctima del tiroteo, al notar que una bala le rasga la piel, se lleve una mano a la herida o no lo haga, el mundo se detiene. Que el velocista gane o el paciente se salve tiene menos que ver, en definitiva, con las circunstancias en que cruza la meta que con lo que haya hecho en esos instantes previos, y Kweku no hizo nada, y Olu ignora por qué.

¿Cómo pudo su padre no darse cuenta de lo que estaba pasando, y cómo, si se dio cuenta, pudo quedarse allí sin hacer nada, esperando la muerte? No. Algo debió ocurrir, algo que lo debilitó, que lo desorientó, una emoción fuerte, alguna forma de enajenación mental, Olu no lo sabe. Lo que sí sabe es esto: un varón sano de menos de sesenta años, sin historial de enfermedades reseñables, criado comiendo pescado de agua dulce, que corre ocho kilómetros al día y se folla a una chica de pocas luces —si algo está claro es que la nueva esposa no vale para enfermera; culparla sería inútil, pero habría habido esperanza si hubiera sabido hacer compresiones torácicas, o sencillamente si se hubiese despertado—, no se muere en un jardín porque se le pare el corazón.

A menos que algo lo haya parado.

3

Gotas de rocío sobre la hierba.

Gotas de rocío sobre las briznas de hierba, como diamantes arrojados a manos llenas desde la bolsa de algún duende que pasara por allí y, con su andar grácil e ingrávido, cruzara el jardín de Kweku Sai momentos antes de que el propio Kweku se presentase allí. Ahora todo el jardín resplandece, titila y cascabelea, como un corrillo de colegialas que, ruborizándose, se mandan callar unas a otras cuando se acercan sus pretendientes. Resplandece el mango, majestuoso, rebosante de vida en el centro del jardín con su denso follaje verde brillante y sus brillantes frutos amarillos; resplandece la fuente, surcada de grietas y malas hierbas que han echado flores blancas, pero cuya escultura —la «madre de gemelos», *iya-ibeji*, que él regaló a Folasadé, su ex mujer— sigue en pie, abandonada con sus gemelos de piedra tallada a mano; resplandecen las flores que Folasadé sabía nombrar con sólo verlas, por su nombre inglés, por su nombre latino, infinitas tonalidades de rosa; relumbra el cielo con ese tenue gris del sur privado de sol, resplandecen las nubes en sus contornos.

Resplandece el jardín.

Resplandece el rocío.

Kweku se detiene en el umbral y se queda mirándolo sin aliento, con el hombro apoyado en la puerta corredera, que ha dejado entreabierta. Se dice, con una punzada de dolor en el pecho, que a veces el mundo es demasiado hermoso. Pero que carece de consistencia, que es imposible de aceptar para un médico como él, que sabe que tales cosas efímeras rara vez sobreviven una noche: el rocío sobre la

hierba y la luz sobre el rocío y el tono de esa luz no tienen cabida en el mundo que él ha conocido —un lugar brutal, insensible y extenuante—, son cosas que acaban rotas o rompen ellas mismas su confinamiento dejando una ausencia tras de sí. En la UCI de neonatos lo sabían muy bien.

En la UCI de neonatos no eran partidarios de poner nombres, como tuvo ocasión de comprobar durante su tercer año como residente, en la rotación de Pediatría, aquel invierno descorazonador de 1975, cuando su madre acababa de morir y su primer hijo acababa de nacer. Si sabían que algún malhadado bebé no viviría más allá del fin de semana, disuadían a los padres de ponerle nombre y garabateaban la palabra «Bebé» seguida del apellido en la etiqueta de la incubadora («A, B, C Apellido» en el caso de los múltiples). Muchos de sus compañeros lo consideraban un despropósito, una especie de rendición prematura. Quienes así pensaban eran en su mayoría estadounidenses, con sus dentaduras blancas y su leche de vaca, para los que la mortalidad infantil era algo inconcebible. O, mejor dicho, concebible en su conjunto, en forma de cifra, de estadística, a saber: un porcentaje x de los niños mueren antes de alcanzar las dos semanas de vida. Concebible en plural, pero inaceptable en singular. Ese único bebé azul grisáceo.

El difunto Bebé Apellido.

Para los africanos (y los indios y los antillanos y el solitario exiliado letón al que Baltimore le parecía una ciudad agradable), en cambio, la muerte de un neonato resultaba no sólo concebible sino apenas reseñable, tanto mejor si además era inevitable, es decir, explicable. Era ley de vida. Para ellos, lo de no poner nombre era lógico y hasta admirable, un modo de distanciarse de la existencia y, por tanto, de la muerte. Era una de esas cosas que siempre se tenían en cuenta en América pero de las que nadie se preocupaba en lugares como Riga o Acra. La esterilización de las emociones humanas. La reducción de la angustia al dolor que cabe en una tarjeta Hallmark. Como si una diligente enfermera se encargara de lavar hasta el último vestigio de fealdad de las muchas caras del dolor.

Caras que Kweku Sai conocía.

Para él, que sabía nombrar las muchas caras del dolor con sólo verlas, la lógica le resultaba familiar, venía de un tercer mundo más

cálido, donde el chiquillo que sigue los pasos de su madre —todavía ensangrentada a causa del reciente (e infructuoso) parto— hasta la orilla del mar al rayar el día, que la ve depositar sobre la espuma el pequeño cadáver envuelto en hojas de palma, como un Moisés menos afortunado, y luego alejarse, y que nunca oye a su madre hablar de ello, ni una sola vez, ese chiquillo, pues, aprende que la «pérdida» es una noción. Sólo un pensamiento que uno llega a formular o no. Mediante palabras. De tal modo que uno no puede perder, ni llegar a afirmar que ha perdido, aquello cuya existencia no permite en su mente.

Incluso entonces, a sus veinticuatro años, padre recién estrenado y todavía un niño, un niño que acababa de perder a su madre, Kweku lo sabía.

Ahora contempla el jardín resplandeciente, cautivado por su belleza, y constata lo que ya sabía tantos inviernos atrás: que, ante algo que es frágil y perfecto en un mundo feo y violento y cruel, la reacción más sensata consiste en no ponerle nombre. Fingir que no existe.

Pero no funciona.

Kweku experimenta una segunda punzada de dolor ante la existencia de la perfección, la empecinada existencia de la perfección en las cosas más vulnerables pese a su negativa —lógica, admirable— a aceptar dicha existencia en su corazón, en su mente. Ante la lógica implacable, la maldición de la clarividencia, sea cual sea el hilo del que tire para intentar deshacer el odioso nudo: a) la irrelevancia de ver concedida la fatalidad de la belleza, y más aún de la belleza que encierra la fragilidad, en semejante lugar, donde una madre todavía ensangrentada debe enterrar a su hijo recién nacido, darse un manguero y volver a casa para machacar el ñame hasta convertirlo en una pasta; b) la persistencia de la belleza ¡nada menos que en la fragilidad!, en una gota de rocío al alba, algo destinado a perecer en breves instantes, en un jardín, en Ghana, la exuberante Ghana, la delicada Ghana, la verde Ghana, donde mueren las cosas frágiles.

Lo ve con tanta claridad que cierra los ojos y siente un dolor pulsante en la cabeza. Abre los ojos. Intenta moverse pero no puede. Está paralizado, sobrecogido.

La última vez que se sintió así fue con Sadie.